

# Breve noticia del diario murciano “El Tiempo” (1909-1936)

ANTONIO CRESPO

*Real Academia “Alfonso X el Sabio”. Murcia*

El diario EL TIEMPO tiene una gran importancia en la vida murciana de la primera mitad del siglo XX. Apareció en septiembre de 1908, muy poco después de surgir otros dos periódicos locales con los que habría de competir: el progresista *El Liberal* y el conservador *La Verdad*. Más cercano a éste en sus planteamientos, pero menos “eclesial”, el nuevo diario se proclamó “independiente” y tuvo como director a quien había de ser significativa figura del periodismo murciano: Nicolás Ortega Pagán. Efectivamente, Ortega, como Jara Carrillo y, antes que ellos, Martínez Tornel, forma parte de una nómina de periodistas murcianos de gran profesionalidad y prestigio.

Nicolás Ortega, maestro de escuela, nacido en Fuente Alamo en 1871, había dirigido una revista juvenil titulada *Quo Vadis?* y, sobre todo, había estado al frente del diario *La Verdad* desde 1903, lo que le dio la necesaria experiencia. No se conoce bien las razones por las que pasó a dirigir EL TIEMPO, pero el caso es que lo hizo nada menos que durante 28 años, todo un récord en la prensa murciana de este siglo.

EL TIEMPO apareció por primera vez el 1 de septiembre de 1908, en edición de la mañana, al precio de 5 céntimos, impreso en la calle Polo de Medina, número 2. Años más tarde se trasladaría a la plaza de Martínez Tornel y finalmente a la calle de Ceba-

*Anales de Historia Contemporánea, 12 (1996)*



llos. Y aunque se autocalificó de “diario independiente”, estaba muy vinculado a la política de La Cierva.

La primera Redacción la componían, junto a Nicolás Ortega, como máximo responsable, Manuel Rodríguez de Vera, redactor jefe; Francisco Sastre Moreno, redactor; Francisco Campoy Peña, reportero; Manuel Reverte, redactor de “sociedad”. Entre los colaboradores aparecían los nombres de Frutos Baeza, Emilio Díez de Revenga, Gaspar de la Peña... Más adelante, se incorporarían José Servet, como reportero, y Nicolás Ortega Lorca, que se firmaba “Liscano”, como redactor deportivo.

Los propósitos de EL TIEMPO quedaron claramente reflejados en su primer editorial, en el cual decía: “Venimos al campo del periodismo sin vanos alardes: pero en una voluntad firme e inquebrantable de acometer cuantas campañas sean necesarias en pro de los intereses de Murcia y su región. Las columnas de EL TIEMPO estarán siempre abiertas para recibir las inspiraciones de los murcianos de corazón, dejando por nuestra parte a nuestros colaboradores la mayor libertad en sus apreciaciones particulares, siempre que no se opongan ni se rocen con la buena doctrina y sana moral (...). Sabiendo nosotros que el aplauso es en la mayoría de los casos el incentivo de toda obra buena, lo prodigaremos con entusiasmo a cuantos laboren por el bien de nuestra patria, sea cualquiera el campo en que militen, y si en alguna ocasión estimásemos la censura como complemento de la realización del bien, nuestros cargos irán dirigidos contra los actos censurables, nunca contra las personas que los realicen. Tenemos decidido propósito de evitar toda polémica, pero si las circunstancias, bien a pesar nuestro, a ello nos arrastrasen, procuraremos hacer valer nuestro derecho, usando siempre el único lenguaje que cabe en nuestro modo de ser y en la seriedad de nuestro periódico.

Como el carácter de EL TIEMPO es ante todo y sobre todo de información, nuestro mayor empeño estará puesto en ofrecer a nuestros lectores el mayor número de noticias y las más interesantes, no omitiendo gasto ni sacrificio alguno, por costoso que sea para la consecución de este fin”.

En cuanto a la razón del título, también quedó explicada por su director en un artículo inicial en el que, entre otras cosas, podía leerse: “No es tarea fácil y llana imponer nombre a una idea nueva. Si el nombre no refleja con la mayor exactitud las notas características de la idea corre el peligro de la impropiedad, y tratándose de palabras como signo de ideas, el nacer con este defecto es tanto como venir al mundo mintiendo”.

Por esa razón pensamos primero en nombres a cuya sola enunciación apareciese la idea que informaba nuestros propósitos y como cintas de cinematógrafo pasaron por

nuestra mente *El Imparcial*, *El País*, *El Independiente* y otros por el estilo, pero ¡cuán averiados no andan estos nombres ante la opinión!

Otro venero de nombres nos ofrecía el carácter local y regional, como *La Voz de Murcia*, *El Eco de Murcia*, *El Faro de Levante*; pero cuantos nombres se nos ocurrían pecaban por exceso. En nuestro programa reza, como dejamos dicho, el ser parcos en ofrecer, y atribuirse la voz y el eco de toda una región, aunque sea cosa corriente, no tiene nada de parco.

Hubimos, pues, de pensar en nombres, que si bien no ofrecían como los anteriores al anunciarlos un programa, ni traían a la mente el recuerdo local y regional, envolvieran, sin embargo, algo que al correr de los días pusiese de manifiesto los rectos propósitos que abrigamos: El Porvenir, El Futuro, nombres así que no dijese nada al pronto, para que no pareciese jactancia, pero que después pudieran hablar por nosotros, y súbitamente apareció EL TIEMPO.

¡Cuántas cosas sabe el tiempo! Con razón ha dicho el adagio que para el tiempo nada hay oculto.

¡Cuántas reputaciones en el orden personal mal adquiridas han sido derribadas con el tiempo; y cuántos, injustamente hollados, han encontrado digna reparación en el tiempo!

¡Cuántas empresas en el orden social han aparecido rodeadas de una aureola de triunfo y de grandeza, muriendo después al primer soplo del tiempo! ¡Cuántas otras se han juzgado como anémicas y enclenques y con el favor del tiempo han triunfado y se han enseñoreado del público!

EL TIEMPO, pues, sin ofrecer nada dice mucho.

Démosle tiempo a EL TIEMPO.

El carácter ciervista de EL TIEMPO quedó manifiesto desde su primer número, en el que se incluía, en el lugar preferente, un artículo de Isidoro de la Cierva en elogio del alcalde de Murcia, que era entonces Jerónimo Ruiz Hidalgo.

Era EL TIEMPO un diario de tamaño grande (57x41 cms), impreso en cuatro páginas. En su número inicial publicó también sendos artículos de Ricardo Codornú y el

doctor Emilio Sánchez. Se completaban sus páginas con sucesos, tribunales, precios de mercados, boletín religioso y noticias locales y de la provincia, así como nacionales e internacionales, aunque estas últimas lógicamente escasas. La cuarta plana estaba dedicada a anuncios: “El Bazar murciano”, la fábrica de licores de Bernal, el colegio de los Maristas, etc. En esta tónica se mantuvo el diario durante varios años, si bien al parecer, se desligó bastante de su compromiso político desde 1911. No cabe duda, sin embargo, de que continuó siempre muy adicto a la ideología conservadora.

EL TIEMPO surgió en una época teóricamente buena, cuando ya se cicatrizaban las heridas del desastre colonial de 1898 y acababa de acceder al trono el joven Alfonso XIII, tras la regencia de su madre. No obstante, la política española era muy inestable, por los distintos cambios de Gobierno que habían de producirse desde 1908 hasta la República. Y la situación económica del país corría parejas con la incertidumbre política. Murcia era un reflejo de la inquietud nacional, y los vaivenes políticos se manifestaban claramente en los cambios continuos de alcaldes: nada menos que 33 -algunos con dos mandatos- desde la aparición de EL TIEMPO hasta su clausura en 1936, recién iniciada la guerra civil. El periódico de Ortega fue incautado y convertido en la izquierdista *Confederación*. Al terminar la contienda, en 1939, ya no reapareció.

Sería extremadamente prolijo el enumerar los distintos acontecimientos que EL TIEMPO recogió en sus páginas y que significaban la evolución de Murcia a lo largo de 28 años. He aquí algunos de ellos: el acuerdo para construir el Mercado de la Rambla; la inauguración del servicio telefónico interurbano; la apertura del Museo de la Trinidad; la terminación de la lonja, en la plaza de San Agustín; la creación de la Universidad; la inauguración del pantano de La Cierva, en Mula, y el Conservatorio de Música, en la capital; los fallecimientos de ilustres murcianos, como Baquero, Tornel, Andrés Blanco, Frutos Baeza, Joaquín Báguena...; el estreno del Himno a Murcia, de Emilio Ramírez y Jara Carrillo; el derrumbamiento del depósito de aguas potables, junto al río; la coronación de la Virgen de la Fuensanta; la proyección de la primera película sonora, en el Teatro Circo; el estreno de “La Parranda”, en el Romea, con Marcos Redondo; el aterrizaje del autogiro de La Cierva, etc.

EL TIEMPO, además de su publicación diaria, siempre moderada y seria, editó extras de Semana Santa, en tamaño 43 x 32 y portadas satinadas con imágenes de Salzillo; también, extras de Feria, el 8 de septiembre de cada año, desde 1924, por lo menos, hasta 1935, en el mismo formato que el diario normal. En unos y otros colaboraron nombres muy relevantes de la literatura local, como Andrés Baquero, Enrique Soriano, Andrés Sobejano, Frutos Baeza, Enrique Martí, Sánchez Madrigal, Leopoldo Ayuso, José Alegría, Andrés Cegarra, Alberto Sevilla, Diego Sánchez Jara, Justo García Soriano, Federico García Izquierdo y un largo etcétera.

En suma, puede afirmarse que EL TIEMPO recoge en sus páginas 28 años de la vida murciana de nuestro siglo: los acontecimientos notables y los pequeños sucesos de cada día; lo que ha ido cambiando (situaciones políticas, desarrollo del comercio, mejoras urbanísticas...) y lo que ha permanecido inalterable y que constituye la esencia de la ciudad.

Es imposible trazar una historia de Murcia, desde hace cien años hasta hoy, sin recurrir a la prensa local, que ha dejado testimonio perenne de los distintos acontecimientos. EL TIEMPO, dirigido por Nicolás Ortega Pagán, es una de las más valiosas fuentes de información.